



Ningún escritor nuestro ha tenido motivos para sentirse más satisfecho de su obra que Jenaro Prieto. "El Socio" es hasta ahora el libro chileno traducido al mayor número de idiomas; y, sin embargo, Jenaro Prieto nunca lo dió mayor significación literaria a lo que salía de su ágil y ayuda pluma. Es que nuestro inolvidable compañero le tenía un santo horror a la vanidad artística y a la retórica. Fué ante todo un prodigioso ingenio que muchas veces hizo humorismo a pesar de sí mismo. Fuera de sus novelas y sus artículos periodísticos escribió unos pocos cuentos. El que reproducimos más abajo es uno de ellos.

NO hay nada más perjudicial que la falta de crímenes. Créamelo Ud. La vida pierde su interés, el negocio se resiente... y el personal mismo se desmoraliza... ¡No lo sabré yo!

El Director de "La Voz Pública", diario sensacionalista a diez centavos, se frotó con el gran pañuelo a cuadros el rostro sudoroso y pálido, en el cual los ojillos aparecían como dos picaduras de polillas en un pergamino.

Cambió de sitio los papeles que cubrían totalmente la mesa de trabajo y respiró como agobiado por la tarea en perspectiva.

—¡Hasta los hombres más honrados ceden! — agregó. Ya ve Ud. el caso del Ratón Ibieta... Timoteo Ibieta... el de los anteojos verdes. ¿Lo recuerda?... Le tuve que nombrar jefe de crónica. Me lo exigió... de otro modo se habría ido al "Imparcial"...

¿Qué iba a hacerle? No me quedaba más remedio que ceder... Y todo por la falta de crímenes...

A veces llegan aquí algunos señores graves, algunas solteronas jubiladas, a pedirme que restrinja "un poquito... algo siquiera la crónica policial".

—¡Eso no puede interesar a ningún hombre serio, señor director! — dicen los caballeros.

—¡Es una sección tan frívola y ocasiona tantos daños! Suspiran con unos ojos babosos de batracio, las viejas solteronas.

Cuesta, créame Ud., cuesta resistir esas miradas de jamonas... Son repugnantes, ciertamente; pero hay tanta ternura acumulada en ellas... Uno se ahoga. Se experimenta la desagradable sensación de ser bañado en miel de abeja...

—Hágalo Ud. por nosotras, don Ruperto — me dicen don Ruperto como si me conocieran desde que nació. Ud. tiene tanto talento... De dos plumadas llena la

sección... ¡Hay tantas cosas interesantes que decir! Las melenas de las niñas, la falta de pudor en el vestido... Nadie ha hablado de eso todavía... O bien alguna campaña de interés público... Por ejemplo, contra la Municipalidad... ¡Oh! ¡Tema no ha de faltarle, por supuesto!... Frente a casa, en la calle de Agustinas al llegar a Libertad, — ¡no es una mala ubicación! — falta desde hace mes y medio un adoquín... ¡Mes y medio, sin lograr que lo acomoden...! En invierno, cuando llueve... ¡hay que ver! se forma un hoyo horroroso, un verdadero pantano... un mar de barro... El otro día un caballero muy buen mozo... más bien flaco, de sobretodo claro... ¿no tiene Ud. algún hermano? Pues era el fiel retrato suyo — pasó por allí, justamente en el momento en que transitaba un carretón... ¡No le diré cómo quedó! ¡Hecho una lástima! ¡Qué pálido se puso! No dormí pensando en esto... ¿Por qué no hacer, don Ruperto, una campaña para que la Municipalidad o, en último caso, el Gobierno arregle ese adoquín? ¡Pero estas cosas no les preocupan a los diarios! Prefieren publicar que el Tuerto Pérez asesinó a su suegra o que el Gallina se fugó con una menor de edad...! Y esas relaciones caen en manos de los niños... ¡Es terrible don Ruperto...! Yo no soy madre, pero me imagino lo que debe serlo...

¡Por nosotras, don Ruperto, por mí que soy su lectora y que lo admiro tanto, disminuya la crónica escandalosa de su diario!

Es irritante. Yo, en calidad de director, debería ponerlas de patitas en la calle... ¡Suprimir los hechos de policía! ¡Cómo si no escasearan los delitos! El país pasa por una verdadera crisis de crímenes sensacionales. ¡Hay que ver lo que cuesta tropezar con un asesinato de tres al cuarto! ¡No corresponden a la población, ni a la importancia de la ciudad, ni a nada! Un mes entero, sin un solo acto pasional... Así es como los países se desacreditan. Los reporteros se vuelven locos; claro está! y acaban por perder toda noción de moral y de respeto por la profesión... Es lo que le pasó al Ratón Ibieta...

Hará de esto unos quince o veinte días... Llegó a las once de la noche al diario y preguntó por Ibieta...

—No ha venido desde ayer... Dijo que tenía una pista para dar con el paradero de Salem, aquel turco que se supone ha sido secuestrado; encargó que le guardáramos reserva, se disfrazó con una manta de bayeta... y no se ha sabido más... ¡Cómo si la tierra se lo hubiera tragado!...

—¿Y han preguntado en la pensión?... —No saben más que nosotras...

FALTA DE CRIMENES

Por JENARO PRIETO

Probablemente se ha emborrachado, pensé para mi capote. El cuento de la pista y el disfraz me sonaban a farsa... ¡Ya volverá! Puse a Morales a cargo de la sección policial y me volví a casa muy tranquilo. Pero al día siguiente al ver la crónica policial abrí tamaños ojos:

"FUNEBRE HALLAZGO"

Ayer en un cajón de azúcar vacío, consignado a la firma Alonso Hermanos, se ha encontrado una manta de castilla, impregnada de sangre; un paquete de horquillas y un ejemplar de "El Carácter" de Smiles. Todo hace suponer que la manta sea la que llevaba nuestro redactor, don Timoteo Ibieta, salido el Martes 25 de esta imprenta, sin que hasta ahora haya sido posible averiguar su paradero..."

El resto del párrafo no tenía importancia. Era una especie de oración fúnebre a Ibieta, "muerto en el cumplimiento de su deber profesional en los precisos momentos en que su labor periodística, sus méritos y su experiencia lo señalaban, etc., etc..." ¡El eterno puñado de flores artificiales que se deja caer sobre todos los difuntos, con el piadoso objeto de evitar al público el desagrado de reconocerlos!

Porque hay que ver que el tal Ibieta no pasaba de ser un borrachín.

Así y todo me volví triste a la imprenta. No podía apartar de la cabeza esa cara de coipo enfermo del Ratón Ibieta... Le oía arrastrar las erres, como cuando venía a la redacción a disculparse.

—No pude llegarr antes, señorr Director... Un crimen horroroso...

Parece que de propósito las erres le salían al camino... ¡Pobre Ibieta! ¿En qué aventura trágica se habría encontrado envuelto?... El paquete de horquillas, me lo explicaba sin dificultad... ¡Era tan mujeriego! pero la obra de Smiles... Si el infeliz no tuvo nunca carácter para nada! ¡Mucho menos leer la obra de Smiles! ¡Aquello era una ironía macabra! Llamé a Morales a quien había dejado como subrogante.

—¿Ha habido más noticias sobre el pobre Ibieta?...

—Una muy gorda... El Juez del 5.º recibió ayer un anónimo diciéndole que el libro de Smiles era de un comisario... Y es del comisario. Gómez... El lo ha reconocido. Lo confesó espontáneamente... con la cara más ingenua de la tierra... ¡Debe ser un gran cínico el tal comisario! Mire que contestar: — "¡Ah! De veras... no recordaba... realmente el libro es mío... pero no sé cómo...!"

—Bueno: eso es lo que queremos saber todos... ¿Cómo...? ¿cómo ese libro del comisario aparece en un cajón con una manta ensangrentada?...

Morales se contentó con comentar: —En realidad... el caso es bien desagradable para la policía...

En la tarde llegó a mi oficina la jamona de los ojos melifluos. Venía anhelante con el subir de la escalera y temblaba como un molde de jalea al contacto del cuchillo.

—Vengo deshecha... don Ruperto... Figúrese que el juez ha detenido al señor

Gómez, al comisario de la 4.ª... ¡Tan simpático! Era amigo de la casa... ¡todo un caballero! ¡Y lo hacen aparecer como asesino porque no sé qué cuestión de un libro!... Es una injusticia... Basta verlo, con esos ojos tan dulces... y esa frente igual a la de San José... Ay, don Ruperto, qué desgracia! yo no voy a poder pegar los ojos en toda la noche...!

Se puso a sollozar, se desmayó... ¡Uf! un escándalo de los mil demonios... En la pieza contigua había gente. Entraron precisamente en el momento en que yo la incorporaba en el sofá... ¡Qué sé yo qué se han imaginado...!

En fin... ordené a Morales que atacara sin contemplaciones. Es preciso hacer luz en esta concomitancia de la policía con los autores del asesinato...

No puedo negar que el nuevo redactor estuvo a la altura de las circunstancias... Un mundo de datos; una reconstrucción gráfica de la escena del asesinato por nuestro dibujante Pakar; el último retrato del Ratón Ibieta; su autógrafo... en fin ¡qué sé yo! Total: el periódico subió. Seis mil ejemplares de circulación. ¡Y los mantiene, mi amigo; los mantiene!

Hay que reconocer que Morales ha resultado todo un hombre... La pista del libro se debe exclusivamente a él... En el anónimo dirigido al juez se hablaba sólo de "cierto funcionario policial". Morales fué quien precisó la persona. ¡Yo me hacía cruces! Hasta llegué a pensar que el Ratón Ibieta no hubiera muerto, y siguiera en connivencias con él...

Bueno; pero cuando dos días después apareció el reloj del compañero Ibieta oculto en un cajón de la mesa del Comisario bajo un rollo de papeles, tuve que desechar la hipótesis.

El Ratón Ibieta no es capaz de desprenderse de su reloj, mientras conserve un ápice de vida. ¡Con decir que ni siquiera se resolvió nunca a empeñarlo...!

Pobre hombre! — me decía — en qué tragedia se ha metido...! ¡Y qué asunto tan feo para la policía...!

Confieso, sin embargo, que al día siguiente ya no me preocupaba ni el Ratón Ibieta ni la policía... Es decir... la policía me preocupaba, pero por un asunto muy distinto... Nada menos que por mí... por mi propia persona...

Un hermano de la famosa solterona, había venido a la imprenta y me había formado el gran escándalo. Era un hombre de alguna edad, gordo, cetrino y de pésimas pulgas.

—Ud. ha ofendido a mi hermana y yo no estoy dispuesto a tolerarlo...

—¿A su hermana?

—Sí, sí... A la Susanita... No se haga el mosca muerta... Todo el mundo está ahora impuesto de escándalo... Mi familia es la comidilla del barrio... de la ciudad... Yo no puedo ni siquiera ir al Círculo... No puedo jugar billar... Y esto por causa suya únicamente...

Como un relámpago me pasó por la cabeza, la escena del desmayo de la solterona...

—Señor — le dije — tenga calma... A su hermana le dió, es cierto, una fatiga...

—¡Una fatiga...!

—Yo la atendí; no ha habido más...

—¡No ha habido más! ¡Bonito modo de atender a las mujeres... tiene Ud.!



¡Abrazándolas! El personal entero de este diario lo sorprendió abrazándola... Tengo testigos, señor, tengo testigos... Recuerde Ud. que uno de los Comisarios que venía a reclamar por un colega, también víctima de la odiosidad de Ud., estaba ahí, en la sala del lado, y lo vió todo!...

—Pero, ¿qué puede haber visto...?

—La escenita del sofá...

En resumen me planteó la cuestión en estos términos: "O usted se casa o lo mato como un perro".

Presentada así la disyuntiva, no cabe duda de que hay que decidirse por la primera... En teoría esto es muy claro; pero en la práctica ¡caramba! No me decidía...

El hermano tentó todos los recursos: Me habló de una antigua simpatía de Susanita por mí... un afecto sincero... lo que se llama un verdadero amor...

Como no cedí, volvió a la cuerda trágica: La denuncia al juez, el escándalo, la venganza personal... En otros términos, el clásico "chantage".

¡A mí con chantage!

—¡Basta! — grité, saliendo de paciencia! mañana mismo daré una información sobre este escándalo... Mañana verá Ud. en letras de molde: "Un intento de chantaje". "El director de "La Voz Pública" amenazado por un tenebroso". "La presidenta de la Liga Pro-Castidad Biográfica pretende raptarse a nuestro director".

El hombre salió más corrido que una liebre... Y la información fué un éxito... Pero... un poco que me amilane, me casan con la jamona!

No me reponía aún del desagrado, cuando me encontré... — ¿con qué se imagina Ud.? ¿Con una bomba? ¿con una máquina infernal...? — mucho peor que eso... con una carta del Ratón Ibieta... Me pedía mil perdones y además aumen-

to de sueldo... ¿Pero entonces no estaba muerto el muy canalla? No señor... Estaba en espléndida salud... Rogaba que le disculpara... Todo lo había hecho por servir al diario... Como no había crímenes sensacionales, él penso... En fin... que se había fingido asesinado...

Incluía en la carta una pequeña cuenta.

Gastos de movilización, alojamiento, etc.

Había sólo dos partidas extras:

Por un cordero para remojar una manta de castilla \$ 50

Por una damajuana de chicha para remojar el cordero 15

Hacia presente que "su esfuerzo" había significado un gran aumento de circulación para "La Voz Pública"; que durante todo el tiempo había enviado informaciones detalladas a Morales; que, debido a su actitud quedaba reñido definitivamente con un amigo tan leal como el comisario de la 4.ª, lo cual le impediría seguir desempeñando su antiguo puesto en la Sección "Hechos de Policía"... y pedía, por lo tanto, el cargo de cronista...

¡Qué diablo! Tuve que dárselo... El hombre había trabajado... Había procedido quizás de buena fe... pero caramba ¿no encuentra Ud. que todo esto es una inmoralidad...?

Pues bien, mi amigo, a estos extremos es a lo que conduce la falta de delitos... Los crímenes son necesarios... llenan una función social... son indispensables... De otro modo el personal se desmoraliza... ¡Sí, mi amigo, se desmoraliza...!

Y el director de "La Voz Pública" suspiró con el mismo tono desolado con que la solterona se quejaba de la inmoralidad de las películas...